

la fidelidad a los compromisos definitivos

Eduardo López Azpitarte

Dos actitudes contradictorias

El tema va siendo cada vez más discutido en muchos ambientes. Frente a la defensa socialmente aceptada de la fidelidad, como cumplimiento de las promesas contraídas en el matrimonio, y en la vida sacerdotal o religiosa, hoy se levantan una serie de críticas. Para muchos la ruptura de un compromiso no constituye ya un abandono o una traición; al contrario, aparece más bien como un gesto de valentía y coraje para romper con todo lo anterior, que ahora se vive como una carga pesada e impuesta; un acto profundo de sinceridad para vivir de acuerdo con las exigencias actuales, al margen de lo que se había prometido en otras circunstancias diferentes; una opción, en último término, por la libertad, que impulsa a superar cualquier tipo de esclavitud, de pasivismo, de inercia, de vulgaridad.

El hombre libre no se deja encadenar por el pasado, como si no quedara otra salida que la resignación fatalista a lo que pudo ser fruto del error, de la ingenuidad, o de una ilusión demasiado exagerada. Como tampoco debe cerrar el futuro a sus múltiples posibilidades inéditas y desconocidas, eliminando para siempre otros caminos de realización que se presentarán, tal vez, como mejores. Lo único importante sería la fidelidad al momento presente para vivirlo con todo su realismo y plenitud. Cualquier otro compromiso revestirá un carácter alienante, pues estaría motivado por intereses ocultos: narcisismo, miedo a la libertad, sentimiento de culpa ...

Otros, sin embargo, añoran con nostalgia la pérdida de un valor que va desapareciendo de nuestra sociedad actual. El consumismo ha penetrado también en la esfera de los compromisos más sagrados, y la perseverancia se hace cada día más difícil. Todo está hecho para la utilización momentánea, a la espera de un nuevo ofrecimiento en el mercado, que nos haga desechar lo anterior como algo viejo y caduco. Por eso la gente siente un miedo atroz a toda vinculación que se considere como definitiva. Ya no es capaz de arriesgarse por algo que valga la pena pues experimenta, con más fuerza que nunca, una tremenda inseguridad de cara a lo desconocido.

La tolerancia y benevolencia que se manifiestan frente a los que abandonan sus compromisos no es sólo comprensión por las personas, respeto hacia sus decisiones más íntimas; es, sobre todo, un encallecimiento generalizado y una falta de sensibilidad, que impide la valoración positiva de un valor tan básico como la fidelidad y la guarda de unos compromisos sagrados. La ruptura se vive como un hecho tan normal que ya no se siente como una conducta culpable. A la cobardía, incoherencia o abandono preferimos designarlos con otros eufemismos, en lugar de reconocer el fracaso que supone toda infidelidad.

Consecuencias actuales: necesidad de clarificación

Esta situación contradictoria provoca con frecuencia una sensación de incertidumbre o sospecha. ¿Asistimos a la pérdida de un valor profundamente humano y religioso, o se trata, en realidad, de una alienación? ¿Hay que hacer una apología de la fidelidad, o insistir más bien en sus peligros y ambigüedades?

La crisis no se manifiesta sólo a nivel práctico, sino que, como es natural, encuentra también un apoyo ideológico que intenta justificar ambas posturas¹. Una y otra se acercan a esta realidad desde perspectivas diferentes. Su valoración va a depender, en gran parte, de la imagen que cada una se haya dibujado de la misma fidelidad, pues resulta fácil atacar una idea cuando se ha hecho de ella una simple caricatura. Y ésta se puede realizar, con trazos demasiado irreales y absurdos, defendiendo o atacando tanto la perseverancia hasta la muerte como la ruptura de cualquier compromiso.

Por otra parte, tampoco conviene olvidar las diversas formas de traducirla en la vida concreta de cada individuo. Su rostro se ilumina con matices diferentes según las circunstancias personales, los elementos que la determinan o las motivaciones de fondo. Habrá sin duda, "fidelidades" que no se deben guardar, como "infidelidades" que resultan más positivas y creadoras, pero semejante posibilidad no elimina la existencia de traiciones culpables, ni de compromisos heroicos que se mantienen para ser fiel a la promesa ofrecida.

Lo cual significa que no podemos conceder ningún culto a la fidelidad, o destruirla, como si fuera un ídolo falso, hasta que no sepamos cuál es su verdadera imagen, cómo evitar sus falsificaciones, por qué nace la crisis y dificultad, y en qué radica finalmente su posibilidad y valor. Por ello, quisiéramos ahora reflexionar sobre

(1) Como ejemplos típicos, pueden verse el libro de J. GONDONNEAU, *La fidélité*, Casterman, Tournai 1971, donde la infidelidad aparece como un factor de equilibrio y alegría. En el matrimonio sería signo de haber superado el instinto de propiedad, característico de la pareja monogámica. Cfr. una breve crítica en X. WATTIEUX, *La fidélité: repères bibliographiques*, Rev. Théol. Louvain 5 (1974) 350-352. Sin tantos radicalismos, ver también P. DE LOCHT, *Les risques de la fidélité*, Du Cerf, París 1972. Su crítica en G. SALES, *L'horizon de la fidélité*, Vie consacrée 45 (1973) 351-360. Como defensa de la fidelidad, O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Elogio de la encina. Existencia cristiana y fidelidad creadora*, Sígueme, Salamanca 1973, y V. AVEL, *Compromisos y fidelidad para tiempos de incertidumbre*. Claretianas, Madrid 1977, cuya lectura recomendamos.

estos puntos que me parecen fundamentales. Las consideraciones serán válidas para cualquier tipo de compromiso, pero hemos buscado darles una dimensión religiosa. Aun aceptando la riqueza y contenido de toda fidelidad humana, el creyente descubre en su fe, como veremos, una motivación más fuerte y definitiva².

La fidelidad al servicio de un valor

Para mejor comprender su naturaleza habría, en primer lugar, que negarle una prioridad absoluta, como si ella fuese la base y comienzo de todo valor. Su función no consiste en crear algo, en ser fuente de vida para dar a luz una nueva realidad, como si se tratara de un alumbramiento que se abre a la existencia, sino que busca prolongar y mantener lo que ya ha nacido. Con un cariño exquisito, como el médico que se acerca al recién nacido, intentará que ese brote de vida ya existente no enferme o se paralice, sino que se desarrolle y evolucione, a pesar de todas las dificultades, hasta su plenitud final.

Dicho de otra forma, la fidelidad tiene como tarea específica que aquel valor, que estimamos digno de perseverancia, se conserve intacto en el tiempo, superando los obstáculos que pudieran poner en peligro su existencia o evolución. Sería como un deseo apasionado por la continuidad, no por simple conservadurismo del pasado, o por miedo a lo inédito del porvenir, sino porque experimentó la seducción de una persona y/o de un compromiso por lo que merece la pena existir y arriesgar la propia vida. No es como cualquiera de las otras virtudes que tienen consistencia propia en sí mismas, una naturaleza substantiva que exige su inmediata realización. La fidelidad se revela sólo como un humilde atributo de aquel valor —lo único verdaderamente importante— al que deseamos defender contra el desgaste del tiempo y protegerlo de aquella fragilidad que encierra todo proyecto humano. No posee, pues, ninguna autonomía, ya que se trata sólo de estar por completo al servicio de aquellos valores a los que asegura su permanencia y estabilidad³.

Si su tarea consiste en que la novedad de un comienzo —pequeño, ilusionado y quebradizo— alcance su realización final y continúe la marcha hacia adelante, sin el cansancio o la desesperación del abandono, toda su riqueza quedará condicionada y determinada por el valor substantivo que pretende conservar. La fidelidad será siempre ambigua mientras no sepamos con claridad a qué valor queremos servir y por qué lo deseamos conservar al abrigo de toda posible ruptura. Podrían existir, pues, fidelidades por las que no merece la pena luchar, ya que nadie está obligado a mantener todo aquello a lo que un día le quiso dar existencia. No todo valor tiene un carácter absoluto, ni sería bueno poner siempre a su disposición la fuerza de la fidelidad.

(2) A pesar de la importancia del tema, la bibliografía no es abundante, como podrá verse en las notas. Ni siquiera en los más recientes Diccionarios de moral o espiritualidad aparece un estudio del término. Sólo B. HARING, *Libertad y fidelidad en Cristo*, Herder, Barcelona 1982, vol. II, 77-99 le consagra estas páginas. Muchos son los escritos, sin embargo, sobre la fidelidad de Dios, en la que ahora no entramos.

(3) Cfr. Y. LEDURE, *De la fidélité*, Supplément 30 (1977) 323-332.

Fidelidad radical y fidelidades secundarias

A partir de este presupuesto habría que decir, entonces, que como para el creyente el único valor incondicional es la entrega y abandono a Dios por encima de todas las cosas, la única fidelidad absoluta y básica del cristiano consistirá en mantener ese amor como valor supremo de toda su existencia. El esfuerzo estará orientado a que su opción religiosa permanezca intangible, a recrearla de manera constante para que, en medio de las tensiones y dificultades, de la evolución y de los cambios necesarios, de los cansancios e incertidumbres, la amistad con Dios se conserve y continúe para siempre. Las demás fidelidades no son sino expresión y símbolo de esta obra más radical, y quedan, por tanto, subordinadas a ella. Si se conservan es porque así se manifiesta y explicita la primacía de Dios en la vida⁴.

Subrayar la importancia de esta fidelidad primera, como punto de partida y explicación de todos los demás compromisos, no supone menospreciar o disminuir el valor de estos últimos. El hombre no puede, en verdad, sentirse satisfecho con una entrega abstracta a Dios, si no la traduce en otros gestos más particulares. La vida se configura de una manera determinada, se adopta un estilo concreto, se toma una orientación particular, porque se quiere simbolizar así, como en todos los demás actos pequeños, el cariño que se experimenta por una persona, aunque sea en la lejanía y penumbra de la fe.

Parece coherente, por tanto, que, cuando alguien descubre por una llamada interior que su opción preferente puede vivirla a través de un camino específico —matrimonio, vocación sacerdotal o religiosa, por citar los más generales e institucionalizados—, también se comprometa a conservar, de manera estable y definitiva, lo que para él responde a su proyecto personal más íntimo y profundo. Una urgencia que, aunque para cada uno se traduzca de formas muy distintas, se convierte en una auténtica vocación, porque inclina e impulsa hacia un género de vida concorde y en armonía con el sí radical a Dios. Se escoge un camino o se elige una determinada opción, con la que uno desea definitivamente comprometerse, no por fidelidad a unas leyes, por conservar unas normas, o por apego a unas costumbres o ideas, sino porque así, conservando con ilusión y cuidado tal compromiso, se mantiene algo mucho más importante: el amor a una persona⁵.

La dimensión personal contra la inercia de la costumbre

Ninguna fidelidad tendría sentido, por tanto, si no estuviese, de una forma más o menos directa, en estrecha relación con el amor personal. En el fondo de esa ilu-

(4) Cfr. M. LEGAUT, *Fidélité dans l'engagement et fidélité fondamentale*, *Lumière et vie* n.º 110 (1972) 37-58; M. BELLET, *Hors frontières*, *Christus* n.º 77 (1973) 57-70; M. DIEZ PRESA, *Fieles. ¿Por qué? ¿a quién?*, *Vida religiosa* 58 (1982) 369-382.

(5) Sobre los modelos éticos subyacentes en la interpretación de la fidelidad, cfr. J. M. HENNAUX, *Deux manières de poser la question de la fidélité*, *Vie consacrée* 45 (1973) 361-365. Y A. GUINDON, *Patterns of Sexual Fidelity and Ethical Paradigms*, *Eglise et Théologie* 11 (1980) 111-153, que, aunque se refiere a la del matrimonio, es aplicable también a otras fidelidades.

sión por la perseverancia, se refleja siempre el rostro de un alguien, que para el creyente se escribe con mayúscula, cuya mirada ilumina la existencia y hace soportable la larga y costosa espera del caminante que aún no ha llegado a la meta final. Es la fidelidad que llena de contenido las otras fidelidades más pequeñas, como el corazón cuando se hace presente en los detalles sencillos de cada día. Aquí radica su verdadera naturaleza y significación para distinguirla de otras falsas imitaciones y caricaturas, que no tienen ningún parecido con su auténtico rostro. La promesa se cumple porque ella, como la palabra sincera, revela la verdad interior de una entrega más honda. Es el signo manifestativo de que aquélla aún resiste y renace en cada momento con una ilusión inextinguible.

Por eso, no tiene que ver nada con la costumbre, que se genera muchas veces por la simple repetición de actos y se mantiene ya por una cierta inercia, como un reflejo condicionado que forma parte de los propios mecanismos y hasta facilita las reacciones y movimientos humanos. Las dos limitan con una frontera común —la perseverancia—, pero la forma de vivirla impide el paso de un reino al otro y las separa con claridad. La costumbre es una perseverancia que inclina a continuar en la misma dirección de manera rutinaria, por pereza y comodidad para no cambiar los hábitos adquiridos y hacer el esfuerzo más llevadero; por cobardía y miedo para no enfrentarse a la novedad de lo desconocido. La mera repetición degenera, incluso, en una más de las muchas manías que amenazan al hombre. Pero que a una esclerosis como ésta nadie la llame fidelidad. Resulta demasiado fría y estéril, porque en tal permanencia no existe capacidad para recrear ahora el pasado con el mismo amor, ni quedar abierto a la novedad del futuro con una nueva ilusión. No es la monótona repetición de actos lo que adjetiva como fiel a un comportamiento, sino la decisión renovada de expresar con ellos el cariño de siempre.

Otras falsificaciones: la obstinación y la sinceridad

Tampoco encierra ninguna semejanza con la pura tenacidad por mantener lo prometido. Semejante obstinación hunde con frecuencia sus raíces en los bajos fondos de nuestro narcisismo. Se mantiene la fidelidad por orgullo, para tener simplemente la satisfacción del deber cumplido, y para que ni los otros ni la propia conciencia puedan considerarnos como traidores. Una observancia de la ley que gratifica, muy cercana a la actitud hipócrita del fariseo. Interesa conservar las apariencias, el cumplimiento externo, la sensación benéfica de estar libres de culpa y de merecer, por ello, la estima y la aprobación. Lo que se teme no es el riesgo de romper un amor, sino la imagen de un yo idealizado; lo que duele por dentro no es el sentimiento de haber destrozado una amistad, sino de haber perdido el honor. El compromiso jurídico, en estas circunstancias, oculta una patología de la promesa, que interesa ahora conservar por una serie de motivos psicológicos y narcisistas⁶.

(6) Cfr. D. WIDLOCHER, *Aproximación psicológica al problema de la fidelidad* en AA.VV., *Divorcio e indisolubilidad del matrimonio*, Herder, Barcelona 1974, 109-127; T. ANATRELLA, *La fidélité a l'épreuve de l'inconscient*, Supplément 30 (1977) 259-280.

Una perseverancia que podría degenerar también en una vulgar cabezonería. Pero nada más lejano de la fidelidad que esa marcha solitaria, tensa, inflexible y rigorista a la búsqueda de un ideal tan terco o infantil, donde no queda ningún espacio para la comunión personal.

Hoy se confunde también, muchas veces, un compromiso fiel con la sinceridad de la propia conducta. Rechazamos, como hipocresía, todo lo que no sea auténtico; es decir, todo aquello que no responda a nuestra realidad interior. Por eso se insiste en la necesidad de ser fieles a uno mismo, actuando de acuerdo con las exigencias que brotan del corazón. Ahora bien, la autenticidad —a la que nadie quita su valor— no es la virtud que ofrece la continuidad y perseverancia, sino la coherencia con el sentimiento presente, la exactitud al instante que se vive, pero la situación actual no está siempre de acuerdo con la decisión primera, con la vivencia profunda de lo que uno quiso y aún pretende llegar a ser. Los motivos más hondos quedarían así encubiertos por otros más superficiales. Y la fidelidad no consiste en someterse pasivamente a las exigencias del momento —más periféricas, muchas veces, de las que bullen por dentro—, sino en armonizar el presente con ese proyecto global que sigue resultando válido, a pesar de todo, y que expresa la opción radical del hombre. El que sólo buscara esta sinceridad aparente quedaría esclavo de cada instante y debería renunciar por completo a mirar el futuro con alguna ilusión.

Las falsificaciones podrían multiplicarse en otras conductas diferentes⁷, pero a todas les faltaría el signo específico de la auténtica fidelidad: ponerla al servicio de un amor que se renueva cada día, como si volviera a nacer de nuevo. Lo único que esto significa es que hay falsas y verdaderas fidelidades, que la ambigüedad es posible tanto en la ruptura de un compromiso, como en la continuidad de una perseverancia. El discernimiento no se realiza sólo con el análisis externo de una conducta, sino por las motivaciones de fondo que la sustentan.

La génesis de un conflicto: entre el Inmovilismo y la novedad

Nunca es fácil la fidelidad. La crisis puede afectar al mundo de las relaciones más personales con Dios. La pérdida de la fe, aunque el tema exigiría un tratamiento más amplio por su complejidad, podría estar relacionada con una incoherencia culpable. No olvidemos que al cristiano se le designó, desde los comienzos, con el sustantivo de fiel. Pero no entramos ahora en esta temática, sino que me limito a aquellas obligaciones que se adoptaron, cuando una persona desea comprometerse definitivamente para vivir así su consagración bautismal al Señor. La decisión queda justificada por la coherencia y armonía entre ambos proyectos, ya que el compromiso más "jurídico" del matrimonio⁸ y de la vocación sacerdotal o religiosa se tomó, preci-

(7) V. AVEL, *Dynamique de la fidélité. Approches d'anthropologie spirituelle*, Rev. Droit Canon. 33 (1983) 213-231.

(8) Al hablar aquí del matrimonio, lo hacemos en el ámbito de la fe —"casarse en el Señor" era una terminología clásica del creyente—, y no como un simple compromiso humano, que tendría también validez y consistencia por sí mismo.

samente, como la forma concreta de realizar aquella primera donación. Mientras no surjan antagonismos, la vida continuará sin crisis profundas, pero no siempre es posible conservar este clima sereno.

Y la dificultad nace porque ser fiel encierra en su interior una doble exigencia, a primera vista, contradictoria. Requiere, por un lado, una negativa de cambio frente a un futuro que se vislumbra, pero que no siempre responde a lo que uno se imaginaba. Desde el aquí y el ahora hay una renuncia a todas las posibilidades que no concuerden con la opción elegida, y que, a medida que se hagan presentes ofreciéndonos su invitación, despiertan necesidades ocultas. El hombre se cansa con la monotonía de lo conocido y cualquier nueva experiencia lo atrae, como un alivio en su esfuerzo de continuidad. Lo inédito rompe el cansancio psicológico de repetir siempre el mismo camino. Y por dentro, como una nostalgia escondida, late el deseo inquieto de alguna pequeña aventura, que suavice el realismo de la propia existencia. Mantenerse fiel, desde esta perspectiva, supone la aceptación de un cierto inmovilismo, porque rechaza de nuevo lo que un día se quiso abandonar y, aunque ahora lo desee, sabe que no debe buscarlo.

Pero, por otra parte, la fidelidad exige también una recreación constante, como hemos dicho, para acomodarse a las nuevas circunstancias. La vida se despliega en la evolución, y ninguna otra realidad humana —ni siquiera el amor— puede escaparse de dar este tributo al tiempo. Si sólo consistiera en conservar el pasado, sería algo aterrador y físcista, porque nos haríamos esclavos de una inmovilidad muy cercana a la muerte. Existen cambios personales, urgencias diferentes, sensibilidades distintas ... que exigen una innovación creadora dentro de la misma fidelidad. Como el cariño que, en el atardecer de la vida, sigue siendo el mismo y, a la vez, tan diverso al de los tiempos primeros.

Esta renovación constante es la que impide quedar aferrados al pasado, fijarse sólo en el presente, o vivir proyectados exclusivamente hacia el futuro, porque armoniza entre sí las tres dimensiones: recrea lo anterior en un ahora que deja abierto a las nuevas exigencias del porvenir. La fidelidad que no cambia se esclerotiza. Y también sabemos por experiencia que al hombre le cuesta cambiar, porque la rutina le resulta más cómoda y necesita menos creatividad. Mantenerse fiel, desde esta perspectiva, es vivir con una agilidad fresca y sensible para adaptarse, por tanto, a las nuevas circunstancias. Se trata, en una palabra, de no cambiar por fidelidad y de ser fiel en el cambio. Una paradoja aparente que sólo consigue comprender aquel que la acepta y se entrega a vivirla.

Esfuerzo y osadía para superar las dificultades

Vivir en coherencia con el compromiso que se aceptó no se consigue de una manera definitiva ni espontánea, como si se tratara de un regalo ofrecido por la

naturaleza o de un examen superado para siempre, después de un largo esfuerzo⁹. Cualquier tipo de fidelidad está amenzada por la inconstancia, porque a todos nos cuesta trabajo perseverar. Se requiere una lucha constante para no dejarse absorber por las nuevas posibilidades que se presentan, y a las que se había renunciado con anterioridad. El futuro hay que irlo encajando con ahinco en la promesa realizada, ya que el ajuste entre lo dicho y lo por venir no se efectúa siempre como un proceso biológico y natural.

En el fondo de todo compromiso definitivo hay presente una cierta dosis de riesgo y osadía. Nadie sabe con exactitud a lo que se compromete, por mucho que reflexione sobre lo que ello significa, hasta que el futuro no se convierta en una realidad y nos descubra sus posibles sorpresas e imprevistos. Sabemos por quién nos comprometemos y, en función de ese amor, uno sueña razonablemente que vale la pena un determinado ofrecimiento. Pero esta ilusión primera habrá que renovarla cada día, viviendo lo que significa, para que el camino comenzado no se desvíe y nos conduzca hasta el final.

Cuando esta ilusión se pierde o debilita, el dinamismo interior que nos impulsa a la perseverancia también desaparece o disminuye. Habrá momentos de duda o vacilación en los que la promesa ya no se vislumbra como un don ofrecido, sino como un peso y una carga alienante. Lo que hasta poco se vivía con gozo y consistencia interior¹⁰, empieza a resultar insoportable. Las causas radican ahora en la propia infidelidad que pone en peligro o destruye la perseverancia en los compromisos.

Diversos tipos de crisis

Es verdad que existen crisis positivas y enriquecedoras. Si la fidelidad consiste en conservar un valor a lo largo de la vida, a pesar de las dificultades, renunciadas y fatigas, tendrá necesariamente un carácter progresivo e inestable. Nadie queda exento de sentirse afectado por las limitaciones humanas. Las mismas incoherencias y fracasos podrían llevar de nuevo a una mayor lucidez. También aquí se escribe recto, a veces, con líneas torcidas, y el riesgo sufrido hace renovar la decisión con un realismo más serio. Ahora se descubre mucho mejor la riqueza de una palabra que se aprende a repetirla sin ningún titubeo. Hasta la belleza de un paisaje no se daría sin el contraste de algunas sombras. La fidelidad se injerta mucho más en el corazón de la vida que en la pequeñez de los detalles. Pero sólo cuando el corazón pelagra, es posible comprender mejor la importancia de lo que se consideraba secundario. La experiencia sirve, entonces, para la maduración de todo el proceso.

(9) Cfr. J. REMY, *Fidélité aux engagements et structures des changes sociaux*, *Lumière et vie* n.º 110 (1972) 6-24; P. BORGOMEIO, *Fragilité du définitif*, *Christus* 20 (1973) 9-24; A. ROUET, *La fidélité: une illusion créatrice*, *Supplément* 30 (1977) 239-257.

(10) Para el estudio psicológico de esta consistencia interior, recomiendo la obra de L. RULLA, *Psicología profunda y vocación*, 2 vols. Atenas, Madrid 1984-1985.

Sin embargo, también es posible la alternativa contraria. Esa falta de esfuerzo y tensión, indispensable para intentar vivir en coherencia, provoca la pérdida progresiva de toda ilusión por continuar adelante. Ya no existe ningún estímulo interior para aceptar las consecuencias de lo que se había prometido. El fracaso se ha consumado, aunque no sea fácil reconocerlo y se quiera disimular con diversas justificaciones. Si la dispensa correspondiente no se solicita habría que preguntarse cuáles son los motivos, más o menos ocultos, de esa aparente fidelidad que se ha reducido a una vulgar perseverancia.

Finalmente, la fidelidad más profunda a Dios podría hacerse incompatible con la prometida a la institución, cuando ésta se descubre que fue tomada por una lamentable error, con una buena voluntad que superaba las propias capacidades, sin un mínimo de maduración y conocimiento que disminuyen la validez del compromiso, o por otra serie de razones ocultas e inconscientes que la vida se encargará de explicar, en algunas ocasiones con bastante retraso. Determinados acontecimientos objetivos imprevistos podrían justificar también un cambio de rumbo, siempre que constituyeran un obstáculo serio para la opción por Dios. Se busca otro camino por fidelidad a un valor superior, lo que supone también una decisión costosa, molesta y arriesgada. Después de haber entregado una parte de la propia vida, hay que comenzar de nuevo, y reconocer algún tipo de equivocación, que para otros será un fracaso¹¹. La permanencia, en estas circunstancias, se explicaría también por otras motivaciones diferentes. Otros muchos saben asumir semejante situación, y continúan viviendo su fidelidad básica por otros derroteros.

Las situaciones son, sin embargo, tan complejas que resulta difícil juzgar a las personas desde fuera, cuando desconocemos —en ocasiones, ellas mismas también— qué factores determinaron con más fuerza su decisión, pues, a lo largo de todo el proceso anterior, no siempre se hace factible distinguir con claridad cuál ha sido la causa del abandono. Si las infidelidades provocaron la pérdida de ilusión para mantener el compromiso, o la falta de una verdadera vocación, con la que nunca se encontró identificado, facilitaron esas mismas incoherencias. En cualquier hipótesis, un cambio de orientación se hace necesario. Cuando la Iglesia desliga de tales compromisos, sólo quiere ofrecer un gesto de misericordia y comprensión para solucionar los errores y los fallos humanos¹².

(11) Anónimo, *Ceux qui partent*, *Christus* 20 (1973) 51-56; TH. MATURA, *Et ceux qui s'en vont*, *Vie consacrée* 45 (1975) 339-348.

(12) A. CHAPPELLE, *Que fait l'Église quand elle délie les vœux?*, *Vie consacrée* 45 (1973) 349-350. El tema del matrimonio exigiría un tratamiento especial. Aunque la Iglesia ha ampliado, en el último Código, las causas de nulidad, continúa defendiendo la absoluta indisolubilidad de matrimonio sacramental y consumado. Sin entrar ahora en la problemática teológica y pastoral que plantea esta doctrina —cfr. *Praxis cristiana*, vol. II, Paulinas, Madrid 1985, 459-488—, podría decirse que la imposibilidad de contraer nuevo matrimonio sacramental, a pesar de la equivocación que puede cometerse, sería para el católico, en las actuales circunstancias, una forma de mantener su fidelidad a Dios. Comprendo que son posibles otras soluciones —y se pidieron en el Sínodo sobre la familia, cfr. mi artículo *La familia: del Sínodo a la Familiaris consortio*, *Proyección* 30 (1983) especialmente 42-48—, pero este motivo ha servido, de hecho, a muchas parejas para enfrentarse con esta difícil situación.

El valor de la decisión definitiva

Es preciso reconocer, además, que hoy existen otras muchas dificultades que obstaculizan aún más el cumplimiento fiel de los compromisos. Me limito a enumerarlas con brevedad¹³.

El conocimiento de nuestras ignorancias e inconsciente ha despertado un mundo de sospechas, que elimina nuestra seguridad. ¿Quién está cierto de por qué se ha comprometido? Aunque se llegara a conocerlo, parece un orgullo demasiado presuntuoso querer abarcar el tiempo, como si estuviera en nuestras manos dominar los acontecimientos futuros. ¿Cómo saber que una opción será siempre la mejor de todas? Tal vez un régimen de penuria, donde las posibilidades quedan muy reducidas, optar por una en concreto no supone un riesgo excesivo; pero cuando vivimos en un mundo de abundancia, y ni siquiera conocemos todas, ¿es razonable excluirlas para siempre?

Las mismas estructuras sociales, que gozaban de una gran estabilidad y favorecían los compromisos, experimentan una menor credibilidad y firmeza. Más que mantener el orden establecido, el respeto por lo tradicional, se busca lo diferente. El fenómeno del arte o de la canción protesta no es nada más que un síntoma de la inquietud por la novedad, que se manifiesta también en el terreno religioso y práctico, donde el carisma despierta mayor simpatía que la institución y el situacionismo prevalece sobre la ley.

A pesar de todo, conviene levantar la voz en defensa de la fidelidad. Las grandes decisiones de la vida nunca jamás se hacen con la pura razón. Queda siempre un margen que sólo es posible superarlo con la fuerza del afecto. No se trata, desde luego, de opciones irracionales, pero tampoco se tomarían si no estuviesen en el fondo las ilusiones del corazón, por aquello de que él también tiene sus razones, que la cabeza no comprende.

Lo escrito con anterioridad ofrece horizontes de solución para muchos interrogantes, pero no los elimina por completo. Es más, la fidelidad vale precisamente por el riesgo que supone, porque no nace de una absoluta seguridad que impide el miedo y la incertidumbre. Es un desafío, al no existir evidencias irrefutables, pero muy lejos de la estupidez. Por eso es posible el compromiso, ya que nadie lo hace con lo que irremisiblemente va a suceder. Comprometerse a morir, por ejemplo, no tiene ningún sentido pues, antes o después, tendrá que ocurrir a la fuerza semejante acontecimiento. Se trataría, a lo más, de un fatalismo sin mérito o de una resignación más o menos aceptada. El hombre fiel se arriesga porque desea ofrecer algo que merece la pena.

(13) Remito a V. AYLÉ, o.c., (n.º 1), 24-64 donde analiza las sospechas y dificultades de nuestra cultura contra la fidelidad.

Presupuesto previo y meta final

Para ser fiel hay que aceptar un presupuesto previo: tener fe en la capacidad del hombre para orientar su vida con un carácter definitivo. Consciente del proyecto que se quiere vivir, como respuesta a las exigencias humanas y religiosas de nuestro interior, surge el deseo de conservarlo para siempre. Es un gesto de libertad, porque uno se resiste a pactar cobardemente con lo que ahora es, y sueña con un futuro mejor que satisfaga las necesidades más profundas de nuestro ser. Sabe que no puede renegar del pasado, como si fuera posible hacer caso omiso de todo lo que le condiciona, y acepta aún más el misterio del futuro, pero no quiere tampoco someterse al ritmo variante de la historia, vivir como una marioneta en manos del destino, o dejarse llevar por la fuerza de los acontecimientos naturales. Desea ser dueño y actor de sus propias decisiones, dar una estructura determinada que unifique su existencia y le otorgue una identidad. El sí primero es el punto de partida de un itinerario, que se compromete a recorrer, para conseguir lo que él quiere y no lo que las circunstancias le impongan.

Es comprensible que la gente tenga miedo a todo compromiso definitivo. Ya lo hemos dicho. Pero no creo que nada justifique una actitud descomprometida como defensa de la libertad. Esta nunca resulta sensata, si no se pone al servicio de un ideal. Y cuando el hombre queda seducido por esta ilusión, comprende que es válido comprometerse con ella¹⁴. Su fidelidad le hará sentir que la vida tiene un sentido. Detrás y por encima de todo, sabe que Alguien lo llena de felicidad y lo sostiene, porque, como diría S. Pablo, "yo sé bien de quién me he fiado" (2 Tim 2, 12).

Eduardo López Azpitarte

(14) V. WALGRAVE, "Je promets fidélité ..." *Reflexions sur le sens de la fidélité chrétienne et les conditions pour la vivre aujourd'hui*, *Vie consacrée* 45 (1973) 322-338. Habría también que insistir, aunque ahora no hablemos de este aspecto, sobre la importancia que tiene la institución, como ayuda u obstáculo, para mantener los compromisos. Una responsabilidad que afecta, de alguna manera a todos los que la forman, y que, en determinadas circunstancias, adquiere mayor gravedad.